

ramón de lo que pasaba, no quiso creer que una determinación semejante y que iba á tener tan funestos resultados, se hubiese tomado sin consultar la opinión de los jefes de la infantería y de la artillería. Repetidas veces, el joven y valiente general exclamó, interrogando á su amigo, respecto á la noticia que le había dado:

—¿Estás loco, ó te burlas de mí?

Convencido al fin de la verdad, y mirando que las horas se deslizaban con angustiosa rapidez, resolvieron ambos tocar el último recurso para conjurar el peligro que amenazaba al ejército sitiado. Juntos se dirigieron al alojamiento del Emperador, para hacerle ver que la retirada hacia México era absolutamente imposible, en la situación que guardaban los dos ejércitos.

Miramón fué el primero que en el convento de la Cruz habló al Emperador en el sentido que se había convenido. Pero todo fué inútil, todas las razones expuestas por el general en contra de la retirada, y todos los consejos dados para que el ejército saliese de la situación en que se le había colocado, contra la opinión de los más expertos generales, no pudieron convencer al Emperador, que se mostró inflexible y declaró terminantemente: «que la retirada era un negocio resuelto.» El general Miramón salió del convento de la Cruz dolorosamente conmovido, por la idea de que la ruina del ejército imperial era de todo punto inevitable. El haber el Emperador llamado á Arellano para tener con él una conferencia, la sinceridad de las palabras de éste y el resultado final

que tuvo aquélla, retardaron el triunfo de la traición, que debía haberse consumado el 20 de marzo de 1867, y se logró, por fin, romper la trama urdida por el jefe de Estado Mayor.

XIV

Conferencia del Emperador con Arellano. — Sus resultados. — Maximiliano convoca un consejo de guerra, para determinar el partido que se debe tomar. — Se resuelve la continuación de la defensa y el hacer venir de México, para Querétaro, un ejército auxiliar.

Luego que Arellano estuvo en presencia del Emperador, éste le pidió su opinión acerca de la retirada y sobre lo que sería más conveniente hacer con los trenes, si deshacerse de ellos ó llevarlos consigo. El Emperador conocía muy bien la franqueza y la energía con que ordinariamente se expresaba el hombre que tenía en su presencia, y por lo mismo le advirtió, que en esta vez, mejor que en ninguna otra, deseaba conocer la expresión sincera de sus ideas; y que esperaba que así lo hiciese en el seno de la verdadera amistad. Dispensado el comandante de la artillería de todas las precauciones oratorias que debilitarian la fuerza de la verdad y estimulado tanto por la bondad del Emperador, quanto por la magnitud y las consecuencias probables del hecho que se intentaba consumir, respondió ver-

balmente en los términos de la comunicación que adelante se copia, que él dirigió en la noche del mismo día al Emperador, quien deseaba tener consignados por escrito las opiniones y los compromisos que con él se contraían, si por fin se decidía que el ejército imperial quedase entregado á sus propios recursos.

Hé aquí la comunicación:

— “Señor:

“Tengo el honor de presentaros por escrito el juicio que he formado respecto de la retirada que hoy habíamos de haber verificado, y acerca de la cual Vuestra Majestad, siempre muy bondadoso, se dignó consultarme para determinar la mejor manera de ejecutarla. Si se tratase de retirarnos sin que el enemigo estuviese á la vista, mi humilde opinión se uniría á la de aquellos que proponen á Vuestra Majestad, en estas circunstancias, obrar en ese sentido. En este caso, aunque la moral del ejército se relajase, esta desventaja quedaría compensada con el aumento de tropas y de material de guerra que tendríamos, trasportando el teatro de la lucha á los alrededores de la capital, donde abundan los recursos de todo género. Mas la experiencia nos tiene demostrado que este movimiento difícil y peligroso no es posible efectuarlo con nuestras tropas recientemente organizadas, con la falta de moral que se nota en nuestros soldados, y, lo que es más, con el enemigo al frente, como lo tenemos. Bajo tales auspicios, la retirada es el primer paso que damos hacia la derrota.

“Actualmente, y por desgracia, se trata de una cuestión más grave que la simple retirada á la vista del enemigo, operación en verdad imposible por sí misma. Estamos en una plaza doblemente cercada, ya por la cadena de montañas que la dominan, ya por un ejército numéricamente muy superior al nuestro, aunque inferior á éste en inteligencia y en disciplina militar. Es cierto que al oeste de la ciudad no hay montañas, pero allí está el enemigo. También es verdad que el sur está libre de las tropas republicanas, pero de este lado tenemos el cerro del Cimatarío, que hace imposible el paso de los trenes y de la artillería. No se trata, pues, de una simple retirada, como impropriadamente se ha querido llamar el temerario movimiento que tratamos de ejecutar, sino de la ruptura de un sitio, operación que no puede tener buen éxito, sino salvando la artillería y los trenes, y que es de todo punto imposible si se abandonan estos dos elementos de fuerza. En este caso causaríamos la desmoralización del ejército, y la retirada, desde el primer día, se convertiría en una fuga desastrosa, si, como es posible, los 7 ú 8,000 caballos, que tiene el enemigo, se mueven en persecución nuestra.

“Por todos estos motivos, tengo el honor de manifestar á vuestra Majestad, en tiempo todavía oportuno, que la retirada con todos nuestros trenes me parece mala, y peor aún si los abandonamos. Ignoro ciertamente, señor, cómo se ha propuesto á Vuestra Majestad que adopte una

resolución tan peligrosa, tanto para su gloria como para el triunfo de nuestra causa. En mi concepto, después del desastre de San Jacinto, no había más que adoptar uno entre dos planes de campaña, ó concentrar el ejército en esta plaza, como ya se hizo, y tomar inmediatamente la iniciativa para batir al enemigo en detal, ó trasportar el teatro de la guerra á México, haciendo que el general Miramón y las tropas de Michoacán se muevan en dirección de la capital, procurando cubrir la línea que se extiende desde ésta hasta Veracruz. Puesto que por razones que no me es dado comprender, se nos obliga á defendernos en una plaza tan poco militar y sin elementos de ninguna especie, mi opinión será siempre que ataquemos resueltamente al enemigo para evitar una de estas dos consecuencias: ó el abandono de Querétaro ó una defensa prolongada.

“Tengo la convicción íntima de que el ataque del día 17 nos hubiera valido el triunfo, sin el retardo del general Méndez, y sin la noticia que él dió á Vuestra Majestad, de que el enemigo había penetrado en la plaza. Como las circunstancias no han cambiado todavía, es tiempo de recurrir á este medio, que indudablemente dará la victoria al ejército imperial.

“Ignorando aún, si la junta de generales decidirá la continuación de la defensa de la plaza, y temiendo los desastrosos resultados si ésta es abandonada, tengo el honor de proponer á Vuestra Majestad que dé el mando del ejército al general Miramón, quien atacará al enemigo de una

manera decisiva. De esta medida podrá resultar la derrota del ejército imperial, pero también la sufrirá si por fin abandona esta plaza.

“Como no se había pensado en defender á Querétaro, sino que, al contrario, se había resuelto abandonarle para marchar en busca del enemigo, y después se opinó por tomar la iniciativa y batirse en fin en retirada, esta variación en nuestros planes nos ha hecho perder un tiempo precioso. No ha habido tiempo para remediar el mal causado por el general Márquez, quien no hizo venir de México las municiones necesarias para toda la campaña, y el resultado ha sido que nos ha dejado sin una cápsula, sin un bota-fuego y sin un grano de pólvora. Por desgracia, en el comercio local de esta plaza no hay plomo ni salitre. Sin embargo, yo podré suplir esta falta de metal utilizando las cañerías que conducen el agua á esta ciudad y que ahora están inútiles, las tinajas de los establecimientos de baños, el material de las imprentas y de las diferentes construcciones que de zinc y antimonio hay en Querétaro (1).

“Me comprometo, pues, solemnemente, ante

(1) Cuando dirigimos esta comunicación al Emperador, ignorábamos que el teatro estuviese cubierto de hojas de plomo. Después que Márquez marchó para México, tuvimos noticia de esta circunstancia verdaderamente providencial. Gracias á ella, la plaza no sucumbió por falta de municiones, y después de cuarenta y cuatro días, durante los cuales se fundieron diariamente 800 kilogramos de plomo, no se había arrancado, al terminar el sitio, sino la mitad de la cubierta del mencionado edificio.

Vuestra Majestad y ante el ejército entero, á hacer lo que vos llamis milagros, es decir, á improvisar una fábrica de pólvora, una salitrería, una fundición de proyectiles de bronce y una fábrica de cápsulas de cartón, para suplir con ellos las cápsulas comunes. Estos nuevos establecimientos, agregados á los talleres de reparación de artillería y materias inflamables, que tengo ya formados, bastarán, lo aseguro, á Vuestra Majestad, para sostener la defensa durante veinte días, tiempo suficiente para que el ejército auxiliar venga de México (1).”

Después de haber escuchado estas razones que le fueron expuestas verbalmente por Arellano, el Emperador se rindió á la evidencia, y confesó á su comandante general de artillería que el general Márquez era el que insistía obstinadamente en la retirada, y aunque de esta misma opinión eran Méndez y Mejía, ambos diferían en cuanto al modo de realizar este proyecto; que el general Miramón le había indicado una resolución, la cual, aunque diferente de la de los demás, estaba de acuerdo con la opinión que él (el Emperador) se había formado.

(1) En lugar de veinte días, la plaza se sostuvo cincuenta y cuatro, después de la partida de Márquez; y el 14 de mayo, víspera de la traición de López, las municiones de la tropa y de la artillería, unidas á las existencias del parque general, según la relación del comandante [relación que conservamos original], constaban de lo siguiente: 514,140 cartuchos con bala para armas portátiles, y 5,474 para cañones y obuses.—*N. del A.*

Teniendo, pues, el Emperador conocimiento de cinco opiniones diversas, resolvió no adoptar ninguna sin el acuerdo de una junta de generales. Arellano consideraba este medio como peligroso, porque suponía que todas esas opiniones no eran francas, y temía que fundiéndose éstas, en la discusión, en una sola, la retirada fuese inevitable. Manifestó este pensamiento al Emperador, y éste le contestó:—“Estoy persuadido de que la junta de generales producirá un efecto contrario al que teméis.” Eran las cuatro de la tarde cuando terminó la conferencia entre el Emperador y Arellano, y á esa hora Márquez y Méndez se ocupaban activamente en los preparativos de la marcha que había de emprenderse dos horas después. No había, por consiguiente, que perder tiempo. El Emperador dió las órdenes convenientes para que se le presentasen inmediatamente los generales que habían de formar la junta. Márquez ignoraba la conferencia del comandante de artillería con el Emperador, y tenía la certidumbre de que en las primeras horas de la noche realizaría su venganza. Grande fué por lo tanto su sorpresa cuando, al estar reunidos los generales, el Emperador les dijo:

—“Señores, cinco opiniones diferentes se me han expuesto hoy acerca del partido que tenemos que tomar en la situación presente. El Comandante general de artillería, secretario de este consejo de guerra, os las comunicará. No he querido aceptar ninguna de ellas, porque siguiendo la marcha que me he trazado, desde que en Ori-

zaba los consejos de Estado y de Ministros decidieron que permaneciese á la cabeza del Imperio, os he reunido para que sin preocuparos por mi persona y no teniendo presente, sino el bien general y la salvación de México, propongais las medidas que sean más oportunas para llegar á este fin tan importante. La opinión que manifestéis sobre el estado actual del ejército y sobre los azares de la guerra, será aceptada por mí sin vacilar é inmediatamente utilizada. Deseando que la discusión de tan grave asunto sea enteramente libre, he resuelto que se verifique sin mi presencia. Por consiguiente os dejamos solos, encargándoos sólomente que en tan delicada cuestión resolváis conforme á las inspiraciones de vuestra conciencia y teniendo presente el honor del ejército y el de México (1).”

El consejo de guerra fué presidido por el general Miramón. Arellano abrió la discusión, hablando en los términos siguientes:

“Señores, he aquí la exposición de las cinco opiniones que se le han manifestado á su Majestad el Emperador: la primera consiste en batirse en retirada, llevando consigo la artillería y los trenes; la segunda es, que se salve el ejército clavando las piezas y abandonando todo el material de guerra, lo mismo que los medios de traspor-

[1] Este discurso del Emperador y los extractos siguientes están tomados textualmente de los documentos respectivos firmados por S. M. y por los generales Miramón, Márquez, Mejía, Vidaurri, Méndez, Castillo y Arellano.—*N. del A.*

te; la tercera tiene por objeto la continuación de la defensa con todas las tropas; la cuarta se inclina á fraccionar el ejército en dos partes iguales, ocupando la una en la defensa de la plaza, mientras que la otra marcha á México en busca de refuerzos para obligar al enemigo á que levante el sitio; la quinta se limita á conservar una reserva encargada de salvar la importante persona del Emperador en caso de un desastre, y nombrar general en jefe del ejército á uno de sus generales, para que ataque al grueso del enemigo.

“De estas diferentes opiniones, una es la mía, y estoy en el deber de apoyarla, exponiendo al consejo las razones que he tenido para hacerla conocer al Emperador. Habiéndome S. M. preguntado ¿qué pensaba de una retirada con toda la artillería y los trenes, ó el abandono para verificarla de todo el material de guerra? tuve el honor de decir á S. M. que el primer partido me parecía malo y el segundo peor, porque ambos tendrían por resultado introducir la confusión entre nosotros, desmoralizar las tropas y perdernos irremediamente. En caso de que fuésemos impulsados á admitir la retirada como único medio de salvación, sobre todo clavando la artillería, me parecía, como ya lo había manifestado al Emperador, que era preferible dejar una reserva para salvar la importante persona de S. M. y dar el mando del ejército á uno de nuestros generales más autorizados, para que se encargase de atacar al enemigo de una manera de-

cisiva. De este modo, si la derrota tenía lugar, sería después que hubiésemos hecho todo lo posible por la salvación del país y del ejército, y no buscada por nosotros mismos como un acto voluntario.”

¡Cosa extraña! ningún general opinó por la temeraria retirada, á la cual se había impulsado al desgraciado Emperador, sirviéndose para ello de infames y groseras intrigas. Ni aun se expresó siquiera la idea de recurrir á esta última medida. Los autores de tan cobarde opinión votaron porque se continuase la defensa de la plaza.

Méndez, que no tenía el cinismo de Márquez, y que era incapaz de opinar en público de una manera diferente de como había opinado delante del Emperador, dijo: que no teniendo opinión particular sobre la cuestión que se trataba, se adhería á la de la mayoría.

El general Mejía se expresó de esta manera: —“Opino porque se continúe la defensa. Si más tarde el enemigo proporciona una oportunidad para batirlo, debemos aprovecharla; y espere-mos, si es posible, los refuerzos que nos vengan de México.”

Inmediatamente después de Mejía, el vengativo jefe de Estado Mayor tomó la palabra y dijo con sorprendente laconismo: —“Subscribo en todas sus partes la opinión que acaba de ser expresada.”

Se resolvió, pues, unánimemente, que se continuase la defensa de Querétaro. Terminada la

discusión, el Emperador se presentó en el lugar donde estaba reunido el consejo, é impuesto del resultado de ella, habló en los términos siguientes:

“Señores: Con verdadero placer ratifico todo lo que habéis resuelto; mis deseos y mis esperanzas estaban de acuerdo con vuestra resolución, pero pensando en que tal vez adoptaríais el partido de la retirada, y en presencia de la promesa que os tenía hecha de adoptar resueltamente vuestra opinión, he pasado dos horas de verdadera agonía. Ahora, no sólo adopto la idea de continuar la defensa de la plaza, sino que me adhiero á los puntos secundarios que se han originado por algunas opiniones particulares.”

Varios de estos puntos secundarios fueron aprobados desde luego por el Emperador. El más importante era que saliesen de México refuerzos para socorrer la plaza. Así fué como Arellano retardó por dos meses, y sin tener conocimiento de ello, el triunfo completo de una venganza, cuya existencia le era desconocida. Este día, el 20 de marzo, la traición se vió burlada sin esperarlo; pero con todo, la grande influencia de la perfidia y las circunstancias que ella intencionalmente había hecho nacer, mantuvieron en las manos del traidor los medios infalibles de llegar al triunfo que deseaba obtener.

XV

Al Emperador le corresponde el derecho de nombrar al general que había de salir en busca de los recursos que la plaza necesitaba. — Márquez, mirando que sus proyectos de traición habían fracasado, forma otro para consumarla. — Aconseja al Emperador que le nombre para el desempeño de la misión. — Le aconseja la destitución de los ministros conservadores. — Nuevo ministerio. — Inútil previsión del Emperador. — Profundo secreto en cuanto á la partida de Márquez. — Poderes que le son conferidos. — Sale de la plaza de Querétaro. — Antes de su salida es condecorado con la medalla de bronce del mérito militar. — Sensación que causó en el ejército la partida del general Márquez.

Determinado por el consejo de generales que de México serían llevadas las tropas auxiliares, al Emperador tocaba tomar las medidas convenientes para aplicar este medio salvador. Desgraciadamente, Maximiliano nada hacía en su crítica situación sin los consejos de su jefe de Estado Mayor. En el estado en que se encontraban los asuntos de la guerra, no había un momento que perder: el retardo de algunas horas podía ser la causa de la salvación ó de la ruina del ejército y del Imperio. Habiendo la junta de generales desechado la funesta idea de abandonar la plaza, el

Emperador permaneció, como antes, sometido á la exclusiva influencia del general Márquez. Este, que había visto deshecha su trama, aprovechó hábilmente la nueva oportunidad que se le presentaba para llegar de una manera infalible á su objeto, si no inmediatamente, como estuvo á punto de hacerlo, sí con certidumbre. Con este fin, propuso al Emperador que él iría á buscar los recursos que se necesitaban para obligar á las fuerzas republicanas á levantar el sitio; cuando para esto hubiera bastado dar órdenes, por medio de un oficial subalterno, al leal y honrado ministro de la guerra, general Portilla (a).

Márquez levantó ante el Emperador todos los obstáculos que le fué posible imaginar en tan difíciles circunstancias, para asegurar su posición en caso de que, á pesar de su perfidia, las armas imperiales llegasen á triunfar en Querétaro. Aconsejó á S. M. que destituyese á los ministros conservadores que formaban el gabinete (b). Estos

[a] Cuando el Emperador resolvióse á que un jefe vieneses á México para llevar auxilio, dijo:

—Yo no tengo confianza mas que en tres personas: en usted (dirigiéndose á Miramón), ó en usted (dirigiéndose á Márquez), ó en mí. Usted irá, agregó, indicando á Márquez. [Nota de A. P.] *Como lo sabe el Dr. Polanco! ¡pruebas!*

(b) Tan decisiva era la influencia del general Márquez cerca del Emperador, que confiesa él mismo esto:

“Siempre me dió S. M. pruebas de la mayor distinción, confianza y aprecio, que aumentándose todos los días, hasta el grado de delegar en mí toda su autoridad, nombrándome una vez su Lugar Teniente, con facultades omnímodas, y dos ocasiones, por medio de decretos Soberanos,

hombres, llenos de lealtad y de abnegación habían hecho en bien de la patria y del Soberano, el inmenso sacrificio de ponerse al frente de los negocios, cuando la situación del Imperio estaba ya irremediablemente comprometida, y esto lo hicieron después de haber sido despreciados y humillados durante dos largos años (a). En presencia de tal estado de cosas tan peligrosas, y del mal, no era posible salir sino por leales y heroicos esfuerzos; los hombres más eminentes del partido conservador habían jugado su cabeza con mil probabilidades de perderla, después de la política que se había seguido durante el Imperio, política que había llevado la cosa pública al estado en que la encontró el ministerio que entonces funcionaba; el destituir á éste, era tanto como

Regente del Imperio y General en Jefe de todo el ejército del país, excitaron la envidia de almas pequeñas que todavía hoy dominadas por la ira y por el despecho me hacen una guerra encarnizada, calumniándome y desprestigiándome, que es el único recurso que les queda." *Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arellano, publicado en París el 30 de diciembre de 1868, bajo el epígrafe de Últimas Horas del Imperio, páginas 14 y 15. [Nota de A. P.]*

(a) Además del abate Domenech, muy allegado al Imperio, el Lic. Ignacio Alvarez, á quien el capellán de Maximiliano, el P. Aguirre, llamaba Cronista de S. M., dice que al partido conservador nadie lo irritaba más que el mismo Maximiliano, no sólo de palabra en muchos de sus actos, sino principalmente de hecho.

Maximiliano llegó á estar tan decepcionado del partido

arrancar al país su última esperanza de salvación. Bastaba tan sólo esta medida para que el trono se hundiese, impelido de una parte por el torbellino espantoso de la revolución, y de la otra, porque se le privaba de su único apoyo.

Fué puesto á la cabeza del nuevo ministerio D. Santiago Vidaurri, hombre leal que algún tiempo después había de ser otra de las víctimas sacrificadas á la traición y á la venganza (1). Sólo dos miembros del ministerio anterior conservaron sus carteras: el ministro de la guerra, general Portilla, y García Aguirre, que permaneció en Querétaro. Por un exceso de precaución fueron agregados á la misión que se le encomendó á Márquez, D. Santiago Vidaurri, que partió con él, y

conservador, que cierta vez, recordando el recibimiento rumboso que le hizo al llegar á México, prorrumpió con dejo de amargura honda, ante los Lics. Septilveda y Escobar:—;Todo fué farsa! [Nota de A. P.]

[1] Don Santiago Vidaurri fué hallado en la casa número 6 de la calle del Corazón de Jesús ó San Camilo, habitación del señor Don Santiago Wright.

En los últimos días del sitio de México, circulando rumores públicos muy fundados de que hubiese un saqueo, tanto por la excitación que en los ánimos predominaba, como por los motines que el pueblo hambriento intentaba á cada paso, el señor E. Barrons, teniendo intereses que resguardar, invitó al señor Wright y á otros amigos para que le acompañasen á velar todas las noches.

Antes de las dos de la mañana del día 21 de junio, encontrándose el señor Wright en casa del señor Barrons, como las noches anteriores, presentóse á buscarle un norteamericano llamado Warens Taylor, suplicándole de parte de otro norteamericano, de nombre Jorge Bans, ambos

el general Portilla, cuyo nombramiento como ministro de la guerra fué especialmente confirmado. La lealtad con que estos dos personajes se manejaron, revela el tacto con que fueron elegidos; la facilidad con que Márquez los nulificó, prueba, por otra parte, la insuficiencia del medio empleado y que á juicio del Emperador había de servir para la salvación común.

Conocidos del señor Wright, más por relaciones de negocios que de amistad, que fuese á ver á éste último un momento, para un asunto muy urgente. Dirigióse el señor Wright con Taylor al callejón de Santa Clara, donde vivía don Jorge Bans, y allí ambos le dijeron "que tenían un amigo, á quien estimaban mucho; que era empleado de las oficinas de Palacio; que su familia estaba ausente y que temiendo por su seguridad personal, había ido á refugiarse con ellos para que lo escondieran, cosa que no podían hacer porque Taylor vivía en un hotel, y Bans no podía alojarlo en la casa que habitaba, porque siendo propiedad de Almonte, podría ser que la atacasen los liberales, al ocupar la ciudad. Que por tal motivo suplicaban al señor Wright que le ocultara en su casa, dos ó tres días, mientras arreglaban la manera de sacarle de la capital."

El señor Wright, que abrigaba sentimientos generosos y se encontraba siempre dispuesto á favorecer á cualquiera que lo necesitase, avinose de buena voluntad á prestar aquel servicio. Entonces don Jorge Bans llamó al individuo de quien se trataba, y que no era otro que don Santiago Vidaurri, y se lo presentó con el nombre de don Pedro Valdés. Este engaño efectuóse fácilmente, pues siendo el señor Wright agricultor, constantemente se hallaba fuera de México; sobre todo en aquella época había permanecido desde 1860, tres años en la hacienda del Cebadal, uno en Tulancingo y tres en los Llanos de Apam, de donde había llegado poco antes de comenzar el sitio, por lo

Para mejor aprovechar el terrible jefe de Estado Mayor la nueva vía que le abrían las circunstancias en la realización de su venganza, hizo creer al Emperador que era de absoluta necesidad que aún los mismos generales del ejército imperial ignorasen su marcha á México; de cual ni él, ni su familia (a) conocían personalmente á ninguno de los hombres públicos del imperio.

Inmediatamente, como no había tiempo que perder, porque la plaza estaba entregada desde la vispera (20 de junio) y se esperaba la entrada de las fuerzas liberales de un momento á otro, entrada que comenzó á efectuarse luego que amaneció el día 21, el señor Wright, acompañado de Taylor, condujo al supuesto don Pedro Valdés á su casa, donde llegaron á las tres de la mañana.

Apenado el señor Wright porque no se creyera en casa del señor Barrons, que se había retirado en los momentos en que efectivamente podía haber peligro, introdujo á su huésped en la sala, avisó violentamente á su esposa y sus hijos, que si tardaba en volver, atendieran al señor, á quien había alojado, y salió con Taylor, separándose en el zaguan.

La señora de Wright dirigióse á la sala para ofrecer una cama á su huésped; pero al llegar, vió por una ranura de la puerta que éste se había acostado en un sofá y que en aquel momento apagaba la luz.

El señor Wright regresó á las siete y media de la mañana, después de haber presenciado la entrada de las primeras tropas liberales; fué á saludar al huésped, le presentó á su familia y le invitó á pasar al comedor para desayu-

(a) Las siguientes personas constituían la familia del señor Wright: señora Eulalia González, su esposa, y señoritas Laureana, Carolina, Virginia y Enriqueta, sus hijas.

esta manera, y so pretexto de una vigorosa reserva, evitaba el que se hiciesen al Emperador observaciones que pudiesen entorpecer el logro de sus planes. Ninguna combinación fijó Márquez antes de su partida respecto á su vuelta y al modo de obrar sobre los sitiadores, ni indicó tam-

nar; pero él rehusó, suplicando que se le sirviera allí el desayuno, y encargando encarecidamente que no supiesen los criados su presencia en la casa. Hízose así, y desde aquel día quedó establecido mandar á los criados á la calle mientras las señoras le servían la comida y arreglaban la pieza que ocupaba, y que él mismo eligió á su gusto, siendo ésta la última recámara, que sólo tenía una puerta de comunicación y un balcón para la calle. Aquella pieza quedó completamente incomunicada, se guardó la más absoluta reserva; y, no obstante, el alojado, que se mostraba en extremo atento y agradecido, encargaba á cada momento nuevas precauciones, que á veces llegaron á parecer exageradas á la familia, tratándose de un empleado insignificante en política, como aparentaba serlo aquél.

Todos los días le visitaba Taylor, y dos veces fué acompañado de Bans. El señor Wright le veía muy rara vez; pues ocupado en la importación de unas segadoras norteamericanas y habiendo sufrido gran trastorno sus negocios durante el sitio, estaba fuera de la casa la mayor parte del tiempo.

Pasaron así ocho días, cuando una mañana, después de mandar á los criados á la calle, como se hacía todos los días, y de avisar al huésped para que pasase á las otras piezas, mientras se aseaba y ventilaba la suya, las señoras, al entrar en ésta, vieron en la escupidera cenizas de papeles quemados y cerca de ella, debajo de la sobrecama, un pequeño papel, que, según parecía, se había caído de la escupidera, librándose del fuego, y que decía: "Luz A. de Márquez, suplica al señor General Vidaurri tenga la bon-

poco los medios que deberían adoptarse para que simultáneamente obrasen la guarnición de la plaza y las tropas auxiliares.

Como era natural, exigió del Emperador poderes omnimodos para obrar en México, con el fin aparente de poder triunfar con más facilidad de

dad de pasar á esta su casa á la tarde á las cuatro.—Junio 5 de 1867."

* * *

La señora de Wright y sus hijos alarmáronse al leer este recado, pero nada dijeron al huésped. Luego que llegó el señor Wright, su esposa le avisó de lo ocurrido, rogándole encarecidamente que no se expusiera á una desgracia; que fuera á ver á Bans y Taylor para preguntarles qué significaba aquéllo, y ver qué disponían. El señor Wright encontró juntos á Taylor y Bans en la casa de este último, en el callejón de Santa Clara, y diciéndoles que su familia estaba temerosa de que aquel señor fuese Vidaurri, por el recado que habían encontrado, ambos contestaron que sí era él. Y disculpáronse de haberle ocultado su nombre, diciéndole: "que temieron que si sabía quién era, no querría admitirle en su casa; que, además, como él sabía, habían pensado tenerle allí sólo dos ó tres días y llevarse-lo á Nuevo León, cosa que se les había frustrado, porque no contaban con que los liberales no dejaran la línea de fortificaciones y ejercieran la estricta vigilancia que ejercían, para que nadie saliera de la ciudad, sin ser reconocido. Que ya que la casualidad le había descubierto el incógnito, se alegraban de ello, para que así guardara mayor precaución."

El señor Wright les contestó que habían hecho muy mal en engañarle, pues lo mismo lo habría ocultado con un nombre que con otro, y que ningún motivo lo obliga-

todos los obstáculos que se opusiesen á la realización de su encargo excepcional y urgente. Maximiliano le dió con este fin el nombramiento de lugarteniente del Imperio. Abusando hasta el último extremo de la buena fe del Príncipe y de la confianza ilimitada que en él había depositado,

ría nunca á faltar al deber de humanidad de salvar la vida de un hombre, fuera quien fuese. Iguales palabras dijo á Vidauri, al regresar á su casa y contarle lo ocurrido, añadiendo: "Mis opiniones son liberales, pues siendo americano de los Estados Unidos del Norte, mamé la leche de la libertad; pero en estos casos las opiniones no afectan en nada á los individuos; tengo un positivo gusto en prestar á usted mis servicios en cuanto me sea posible: en mi casa es usted para mí tan sagrado como mi padre, y mi familia y yo estamos completamente á sus ordenes."

Vidauri le contestó con fervientes frases de agradecimiento; excusóse también por haber ocultado su nombre y le dijo: "que la Providencia lo había llevado en medio de su desgracia al seno de una familia tan fina y tan bondadosa como la de él."

A partir de aquel momento, mostróse más franco y expansivo con la familia, y tanto en las pocas conversaciones que con el señor Wright solía tener, como en las muy frecuentes que con su esposa é hijas tenía, trataba de disculparse, á los ojos de ellos, de sus cambios de política, alegando inconsecuencias de Juárez. Una vez añadió:—Sin embargo, si D. Benito me cogiera, me destrozaría con sus propias uñas, antes de perdonarme.

Cuando hablaba de Maximiliano, manifestaba por él un afecto decidido y las lágrimas asomaban á sus ojos, y exclamaba:

—¡Un hombre tan hermoso y tan bueno! ¡qué favor se le pidió nunca que no concediera!

A propósito del drama de Querétaro, decía;

Márquez arregló las cosas de manera que el decreto, que lo investía de tales funciones, debía de expresar que él tenía que normar su conducta á las órdenes verbales que había recibido. De esta manera preparaba su nueva trama, á fin de cubrir su traición con un velo misterioso, particu-

—Maximiliano fué mártir de la incertidumbre: todos los que lo rodeaban, con justicia ó sin ella, lo hacían desconfiar de unos y otros; pero, sobre todo, Márquez, lo hacía desconfiar de todos nosotros. A mí me había comisionado Maximiliano para venir de Querétaro como lugarteniente del Imperio, á llevar á los austriacos y otros refuerzos de la capital; pero, acabando de conferenciar conmigo, le habló Márquez. No sé lo que le diría; pero Maximiliano, muy mortificado, me dijo que había tenido que nombrar lugarteniente á Márquez, y que yo le acompañaría como auxiliar. Yo acaté su orden y partimos. Después de haber caminado cuatro leguas, Márquez, que venía taciturno y sombrío, se apeó del caballo; yo lo imité, y andando el uno al lado del otro, dijo de repente, como contestando á su pensamiento:

—"Creeré Maximiliano que me he olvidado de que me mandó á Constantinopla."—Yo lo miré asombrado; nada dije; pero desde ese momento vi muerto al Emperador. En efecto, llegamos aquí; reunimos los auxilios que teníamos orden de llevar á Querétaro; pero Márquez se apoderó de ellos y por más que le insté y por más que tuve con él serias discusiones, se fué á atacar á Puebla, porque su plan era dar tiempo á que fusilaran á Maximiliano en Querétaro. Cuando después de su derrota en aquella expedición y sitiado aquí, hizo repicar las campanas anunciando que había recibido noticias de que el Emperador había roto el sitio de Querétaro y venía en auxilio de México, al comunicarnos á O'Horán, á Iribarrén y á mí la noticia, yo le dije que eso podía contárselos á los otros,

larmente para cuando el Emperador dejase de existir.

Investido de este poder inmenso, sin formar combinación alguna para su vuelta, llevando consigo una escolta de 1,300 hombres, que cercenaba del ejército imperial, que apenas era de 8,000

pero no á mí, que había dejado á Maximiliano y á sus fuerzas comiendo caballo. Trató de sostener su dicho todavía; mas, poco después, nos citó á junta y nos confesó que Maximiliano, Miramón y Mejía habían sido fusilados; que la situación de aquí era desesperada; consultó nuestras opiniones sobre lo que creyésemos conveniente hacer, y oídas, nos ofreció disponer lo necesario para intentar un ataque, buscando la salida, y concluyó diciéndonos:—"O juntos nos salvamos ó juntos perecemos." A las dos horas de esta promesa se había escondido, y ninguno de nosotros volvió á saber de él. Los demás imitaron su ejemplo y yo tomé mi partido. Esperé á que llegara la noche; llamé á mi hijo Indalecio y á Quiroga, á quien quiero como á hijo, nos reunimos los tres en un salón de Palacio y les dije:—A mí no me cogen aquí como á ratón en ratonera; lo que creo que debemos hacer es reunir la caballería de Quiroga, ponernos á su frente, y ó nos matan ó salimos.— Los dos siguieron mi parecer, y habiendo convenido en que la caballería se alistara en el patio de atrás de Palacio, quedé esperando que me avisaran, cuando estuviera lista. Eran las doce de la noche. Ocurrióseme entre tanto dividir en tres partes, para darles á mi hijo y Quiroga, unas onzas de oro que llevaba en la cintura, y con tal objeto me quité las pistolas y el cinturón, puse todo sobre la mesa, junto á mi sombrero, é iba á sacar el dinero, en el momento que llegó Taylor muy apurado, diciéndome que me había buscado por todas partes y que si estaba yo loco para permanecer allí, cuando el enemigo estaba á las puertas. Le dije lo que esperaba, y él me contestó que ha-

soldados, y acompañado de Vidaurri y de Quiroga, uno de nuestros más valientes jefes, salió Márquez de Querétaro el 22 de marzo, á la media noche, dejando á sus víctimas decididas á perecer y en espera de los recursos que debía de llevarles.

bia entrado por el patio de atrás de Palacio y que no había nadie. Yo le repliqué, y para convencerme, me hizo bajar, y efectivamente, estaba solo. No sé por qué, mi hijo y Quiroga hicieron esa felonía conmigo; pues si no aprobaban la salida, debían habérmelo dicho; y si se fueron, dejándome, no puedo creer en tanta ingratitud.

* * *

La familia le convenció sobre este último punto, mostrándole un periódico, en que estaba mencionado, entre las tropas prisioneras, la caballería de Quiroga.

—El pobre de Taylor, afligido por mi situación—continuó Vidaurri—me dijo:—Esto es una barbaridad; véngase usted conmigo, ó dentro de unos momentos está usted perdido.—Le dije que iba á traer mis cosas que había dejado en la mesa; y entonces subió corriendo; pero sólo halló mis pistolas. Sin duda algún criado de Palacio se tomó el cinturón con el dinero y mi sombrero. De allí me llevó Taylor á casa de Bans, y él me prestó el sombrero con que vine acá y que no me sirve, porque está muy grande.

Estas conversaciones con la familia eran frecuentes, pues el señor Wright, teniendo que estar ausente constantemente, encargaba á la familia que fuera á platicar con Vidaurri, pues, aunque se le habían puesto en su pieza varios libros, decía que debía fastidiarse mucho; de manera que en sus expansiones hablaba con ternura de su familia, hacia continuos recuerdos de una hija Pudenciana, casada en Londres, de una nieta Sara, y siempre agregaba:

En recompensa de haber hecho salir al Emperador de México, de no haber permitido que el ejército imperial hubiese tomado la iniciativa y dejado que el enemigo se concentrase; en premio de no haber fortificado la plaza de Querétaro, ni almacenado en ella, víveres y forrajes, por

—Si Dios me salva, me voy con mi hija y jamás vuelvo á mezclarme en la política.

Al día siguiente de haberse descubierto quien era, fué Taylor acompañado de Bans, diciéndole este último “que iba á despedirse de él, pues tenía que emprender un viaje de pocos días, y que á su vuelta verían qué arreglaban.” Las señoras de la casa, que se encontraban en la pieza de Vidaurri, cuando ellos llegaron, iban á retirarse, pero él no lo permitió. Por esto tuvieron ocasión de oír que preguntó Taylor con suma inquietud si no había logrado descubrir el paradero de Indalecio y Quiroga, y que éste le contestó que no. Taylor siguió visitando la casa diariamente, y la señora Wright, que vivía en constante sobresalto, no solo por Vidaurri, sino por su esposo, con motivo de haberse publicado un decreto en el que se decía que “los que ocultasen en sus casas á los servidores del Imperio, serían castigados con pena que no bajase de seis meses de prisión ó no pasase de dos años de presidio, quedando eximidos los que escondieren al padre, al hijo, al hermano ó al cónyuge.”

* * *

La señora Wright, decimos, á quien Vidaurri había contado que Taylor era su amigo íntimo desde hacia 14 años; que le tenía mucho cariño y gratitud, porque habiendo desertado en campaña, le había salvado la vida, al ir á fusilarse; que casi siempre había vivido á su lado, y que durante el sitio no se separaba de él, comenzó á temer seriamente por aquellas visitas, é hizo que su esposo le hiciera

la honra de haber entregado en poder de los republicanos los recursos que existían á inmediaciones de aquella ciudad, haber procurado que el Emperador y el general Miramón se desaviniesen, haber aconsejado la retirada que aseguraba la derrota, y, en fin, por haber intentado en

ver que escribiera á su amigo con sobre al señor Wright, en vez de ir personalmente, porque era muy fácil que, siguiéndole, se descubriera á Vidaurri. Taylor contestó “que eso no era posible; que nadie podía fijarse en él y que cambiaría sombrero.” Vidaurri opinó lo mismo y dijo, “que el único temor que había abrigado, era el de un cateo general en los primeros días, pero que no habiendo sucedido, ya no había peligro.” Al día siguiente fué Taylor, como de costumbre, y cuando se fué y entró la señora Wright, Vidaurri le dijo:

—Tengo una afición muy grande: ya descubrió Taylor, porque lo mandaron llamar, dónde están Indalecio y Quiroga. Están en casa de unas mujeres de la peor clase; no tienen dinero, y ellas les amenazan con entregarlos, si no les dan dos mil pesos, que me mandan pedir, y que yo no puedo mandarles, porque, como usted sabe, me robaron lo que tenía [a].

La señora le dijo, “que sentía que su esposo tampoco pudiese disponer de aquella cantidad, pues como ya lo había platicado, tenía que recibir algunas cantidades de los Llanos y del interior, por segadoras, pero hasta que se vencieran los plazos.”

Vidaurri añadió:—“Bans tiene dinero mío, pero quién

[a] Debemos advertir que todo cuanto decía Taylor, era una trama de mentiras urdidas para lograr su propósito de robar á Vidaurri, á su hijo Indalecio y Quiroga.

Cuando nos ocupemos en la salvación de estos dos, la cual es todo peripecias, aparecerá más repugnante la figura de Taylor.

tregar la plaza al ejército sitiador, al comenzar el ataque del día 14, Márquez recibía, antes de partir para México, donde iba á consumar su traición, la medalla de bronce del mérito militar, condecoración que el Emperador se enorgullecía de po-

sabe si llegará pronto. Tengo dinero en otras partes, pero mandarlo pedir, tal vez sería entregarme, y, mientras mi pobre hijo y Quiroga no sé qué harán!"

* * *

La señora, compadecida y apenada, le dijo, "que lo único que podía ofrecerle era la casa; que le dijera á Taylor que si podían salirse, se fueran á reunir con él."

Vidaurri, en extremo conmovido, dió las gracias á la señora y repitió su frase de siempre:—"Si Dios quiere que me salve, verán ustedes que no soy ingrato."

Cuando Vidaurri dijo lo anterior á Taylor, éste le contestó, "que era imposible que Quiroga é Indalecio se evadieran de la casa, porque los vigilaban, y que lo peor era que ya no querían dos mil, sino cinco mil pesos; que como ni él mismo sabía dónde se hallaría Bans, porque había ido á recorrer varias poblaciones del Estado de Veracruz, no había más remedio sino que le dieran una orden para otra persona, si no quería que se perdieran sus hijos."

Vidaurri se negó á ello, diciendo, "que dar aquella orden, era perderse, porque no le inspiraba confianza la persona á quien tendría que dirigirla."

Taylor le contradijo y pareció disgustarse.

Cuando la señora Wright contó á su esposo lo que pasaba, éste entró á ver á Vidaurri y le dijo, "que estaba pareciéndole extraña la conducta de Taylor, por la insistencia con que pedía la orden." Y aún agregó:—"¿No cree usted, señor, que puede hacernos una traición?"

Al oír aquello, Vidaurri contestó casi indignado:

ner en su pecho, y la que no concedía sino por acciones brillantes y excepcionales.

La noticia de la salida de Márquez para México produjo el efecto del rayo en el ejército y particularmente en el general Miramón. La opinión pública prevee frecuentemente lo que pue-

—"No, señor, eso no: me debe la vida; es mi amigo desde hace catorce años; daría su vida por mí. Lo único que yo sospecho es que tiene algún compromiso, porque es muy calavera, y que quiere ese dinero para él. Si fuera mi hijo el que lo necesitara, me escribiría."

A pesar del mal efecto que le había causado, que se dudase de su amigo íntimo, el señor Wright le hizo ver todavía:—"En fin, si usted tiene algún recelo, si no se cree usted seguro aquí, díganos qué debemos hacer; podemos llevar á usted disfrazado á donde indique, con una barba postiza y ropa, que lo haga parecer grueso."

* * *

Vidaurri le contestó decididamente que no; que se creía muy seguro en su casa, y que no tuviera temor ninguno por parte de Taylor. Sin embargo, el señor Wright fué á ver á su peluquero y compró una barba postiza, manifestándole que iban á hacer sus hijas una comedia, y cuando volvió por la noche se la llevó á Vidaurri y le explicó que la había comprado por si algo se ofrecía. Vidaurri le dió las gracias sonriendo, y la guardó en el tocador. Esta barba fué hallada por la policía, al prenderle.

Lo que acabamos de narrar pasaba el día 5 de julio. El día 6 por la tarde, después de la visita de Taylor, al llevarle la señora el chocolate, le vió muy triste, y le dijo:

—"Qué le parece, qué imprudente Taylor: sigue exigiéndome los cinco mil pesos."

La señora volvió á manifestar temores, y él volvió á re-

de suceder en el porvenir. A pesar de las fingidas esperanzas que todos estaban obligados á manifestar en alta voz, un presentimiento secreto á todos les decia que Márquez no habia de volver. El tiempo ha demostrado cuán fundados fueron estos temores (1).

ferir, "que Taylor lo queria mucho, que era su amigo de catorce años y le debia la vida."

El día 7 fué Taylor, á las once de la mañana; las señoras le condujeron á la pieza de Vidaurri, y habiendo llegado inmediatamente después de él una familia que iba á visitarlas, pasaron á la sala. Al sonar las doce, como era la hora en que su huésped acostumbraba comer, una de ellas fué á la cocina, mandó á las criadas á la calle, y, al dirigirse á su pieza, para servirle la comida, se detuvo, porque recordó que allí estaba Taylor. Oyó que ambos disputaban y que Vidaurri, que, siempre precavido, hablaba quedo, en aquellos momentos levantaba irritado la voz. No pudo percibir nada de lo que se decia, porque casi al mismo tiempo abrióse la puerta y salió Taylor, prorrumpiendo antes de cerrar:

—No extrañe usted que no venga en algunos días, porque estoy muy malo.

Estaba agitado, y su preocupación era tal, que pasó junto á la señorita, quien, temerosa de que creyeran que estaba escuchando, se habia sentado en una cama, y no la vió.

(1) Cuando el Emperador se convenció de la traición de Márquez y en la cual no creíamos entonces, se nos refirió que en la mañana del 23 de marzo y cuando la partida de aquel general fué conocida, López, el favorito, dirigió á S. M. las siguientes palabras: "Señor, el general Márquez va á traicionar á Vuestra Majestad." La verdad de aquel proverbio español: *Juzgamos á los demás por nosotros mismos*, estaba plenamente justificada. — *N. del A.*

XVI

Marcha del general Márquez para México.—

El Emperador le autoriza para conservar ó abandonar la capital.—Decreta á su llegada un préstamo forzoso, fracciona las tropas, y en lugar de socorrer á Querétaro, se dirige á Puebla, sabiendo muy bien que Querétaro no podia sostenerse.—Elige el camino más largo al dirigirse á Puebla con el fin de que Querétaro sucumba durante su marcha.—Se detiene en San Lorenzo, y espera que los republicanos, vencedores en Puebla, marchen sobre él, y se hace derrotar.—Márquez es el primero que huye del campo de batalla y contribuye con esto á la dispersión de sus tropas.—El ministro de la guerra manifiesta el deseo de someterlo á un consejo de guerra.—Vidaurri y Quiroga no consiguen de Márquez que envíe recursos á Querétaro.—Vidaurri envía al Emperador 150,000 pesos, pero Márquez se guarda la libranza.—La derrota de San Lorenzo asegura á Márquez el triunfo de su venganza.

Protegido por las sombras de la noche y por su escolta de caballería salió el traidor de Querétaro, y merced á las marchas forzadas que eje-

Al salir, se encontró con las demás señoras, que volvian de acompañar á las visitas que acababan de irse, y colérico todavia, en vez de despedirse dándoles la mano, como acostumbraba hacerlo, sólo dijo:

—Buenas tardes.